

labra sola disiparlos todos, como el humo que se disipa y no deja rastro, como el relámpago que desaparece y no deja la menor huella.

La Iglesia es depositaria de la sangre del Cordero que borra los pecados del mundo, y esta buena madre que conoce las miserias del hombre, obedeciendo las órdenes de su divino fundador, la confía á sus ministros, para que socorran á los necesitados; y así cualquiera sacerdote legítimamente autorizado puede absolverlos en nombre de la Iglesia, y aplicaros esta preciosa sangre, que será mas poderosa para salvaros, que los pecados para perderos. Esta sangre divina no solo os lavaré de todo lo pasado, sino que por su inestimable virtud os dará nuevas fuerzas para sostener vuestra flaqueza en lo venidero. Y para obtener una regeneracion tan feliz no es menester otra cosa que reconocer los pecados, confesarlos con humildad, evitarlos con todo el corazon, formar con sinceridad la resolucion de huirlos, y expiarlos con la penitencia. Si vos haceis esto, yo os aseguro en nombre de Dios, y con la autoridad de la Iglesia, que seréis perdonado.

Advertid, señor, que esta es la tentacion mas ordinaria con que el enemigo comun perturba á los que empiezan á sentir los impulsos de la penitencia. Mientras viven en el desórden, y beben los pecados como el agua, los deja tranquilos, les deja la idea de la enormidad de sus delitos, les

persuade que Dios es misericordioso, y que al instante que quieran convertirse obtendrán el perdón con facilidad; pero quando llega el caso de querer convertirse seriamente, entónces les despierta la memoria de sus iniquidades, les exagera la gravedad, y les inspira la desconfianza que no tenían. Pero esta astucia es conocida, y un cristiano sabe que todos los pecados del universo son ménos que un grano de arena para la misericordia divina.

Aprended de memoria y grabad en vuestro corazon con caracteres indelebles estas palabras: (1) *En cualquiera hora que el pecador se arrepienta, no me volveré á acordar de sus pecados.* ¿Quién os parece que ha pronunciado palabras tan positivas y de tanto consuelo? El mismo Dios omnipotente, á quien no cuesta mas que un acto de su voluntad para que así sea; el Dios veraz que no puede engañarse ni engañar; el Dios que prefiere á todos sus nombres el de misericordioso: observad lo que dice, y ved si era posible explicarse con mayor claridad.

A todas horas está pronto á recibir al pecador. Parece que está como á la puerta de su corazon, que le está aguardando, y que desde que habla le acoge. Basta que el pecador se arrepienta y gima; con esto solo no se vuelve á acordar de sus

(1) Ezech. xviii. 21, 22.

pecados. Ved tambien si era posible encontrar expresion mas fuerte para explicar que no los castigará, y que los perdona. ¿Cómo los ha de castigar, si los olvida? Y dice en general los pecados, esto es, todos, y de cualquiera calidad que sean; no hay excepcion ni diferencia. ¡O Dios bueno! ¿quién no adora tu bondad generosa! ¿quién puede desconfiar de tu misericordia, si ha tenido la desgracia de ofenderte! Si el tentador os inquieta, señor, con la vista de vuestra mala vida, respondedle con aquellas mismas palabras.

Respondedle tambien, que el mismo Jesucristo ha declarado (1), que los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Que él mismo dijo: Que no vino al mundo á buscar los justos, sino á los pecadores; que si derramó su sangre, fué para borrar nuestros pecados, y que por lo mismo que hemos cometido muchos, tenemos mayor motivo de recurrir á su bondad, porque tenemos mas necesidad de su socorro.

Todo os convida á aprovecharos de este momento. Vos estais en la casa de Dios, y su misericordia es visiblemente la que os ha conducido. No perdais el fruto de tantas gracias. Aquí tenéis un gran número de sacerdotes santos y sabios, que llenos del Espíritu de Dios os enseñarán el camino del cielo por la senda de la penitencia:

(1) Luc. v. 31. 32.

vos podeis escoger. Nosotros tenemos un superior digno de veneracion por su ciencia y virtudes. El podrá indicaros el que le parezca mas á propósito. Ninguno seria mejor que él mismo, y no dudo que se prestará á este oficio con celo, si le habeis conocer vuestro deseo.

Aquí os ha puesto Dios un santo retiro en esta soledad religiosa, donde habla mejor al alma; y á mí me ha hecho el profeta que os anuncia, que este es el tiempo favorable, que estos son los dias de propiciacion. Aquí tendréis continuos y excelentes ejemplos; aquí veréis largas y favorosas oraciones; aquí escucharéis los alaridos de la compuncion, los sollozos de la penitencia; aquí encontraréis muchas almas santas que levantan sus manos puras al cielo, y cuyos gemidos penetrarán hasta el trono de la misericordia para obteneros luces y socorros.

Estos ejemplos y estos ruegos son los medios que deben conducirnos á los piés de la cruz de Jesucristo, y en ella, como en la fuente de la salud, hallaréis la sangre preciosa, cuya aspersion es la única que puede restituirnos la inocencia que habeis perdido. Que la confianza en esta sangre sea la que os determine á este acto de humillacion tan contrario á la naturaleza rebelde y orgullosa, como conforme y necesario á un corazon desengañado y arrepentido. Preparaos á reconciliaros por ella con el Dios de amor, que la derramó por vos

abjurad los antiguos errores: id á reconocerle por vuestro Dios y vuestro hermano, por vuestro mediador y vuestro padre: acudid á su piedad como al único recurso, y pensad seriamente en no hacer inútiles las raras y grandes gracias que os dispensa.

Cada palabra que decia el padre, infundia en mi espíritu un nuevo grado de valor y confianza. Las ideas confusas y agitadas que hasta entónces me tuvieron tan indeciso y conturbado, empezaron á desenredarse. Eché una ojeada rápida sobre mi vida pasada. Se me representaron á un tiempo los raros accidentes que me habian conducido á aquella casa: la singularidad de aquellos sucesos que habian traido á un hombre de mis costumbres, mi nacimiento y mi fortuna á este santo retiro: el celo de este buen padre que se habia aplicado con tanto conato á desengañarme: la fuerza de sus racionios, que á mi pesar me habia hecho conocer mis errores; y todo esto junto me hizo parecer, que en efecto esto no tenia visos de acaso, y que mas los tenia de una Providencia que queria por misericordia volverme al camino de la verdad.

Por otra parte sentia un interior movimiento que me impelia á ponerme en sus manos, á abandonar á su conducta, y dejarle dirigir todos los afectos de mi alma. En efecto, ¿dónde, me decia yo mismo, encontraré tanto celo ni tanta ciencia?

Pero con todo me costaba mucha pena determinarme, sentia ne sé qué secreta vergüenza que me contenia. Tambien se me representaban todos los estorbos que mi imaginacion me abultaba, los amigos que era menester dejar, y cuyos dictérios y mofas seria menester sufrir; los placeres y comodidades á que era menester renunciar, y sobre todo la imposibilidad de sostener la nueva vida que era necesario emprender, porque yo no creia entónces que la pudiese continuar: todo esto junto me servia de grande contrapeso, y me tuvo largo tiempo en una terrible vacilacion.

Pero al fin Dios, que veia mi natural flaqueza, tuvo piedad de mí; y despues de algun silencio, que ya me pareció demasiado y vergonzoso, volviéndome al padre le dije: Si quereis encargaros de la resurreccion del muerto, os prometo obediencia. El padre levantando los ojos y los brazos al cielo, exclamó: ¡Bendito sea el Dios de las misericordias! Despues me añadió: Quizá, señor, no podiais escoger en esta casa un instrumento ménos apto que yo; pero no me toca examinar los secretos de la Providencia, sino obedecerlos, y pues os ha puesto en el corazon escogerme, ella suplirá mi insuficiencia.

Para resucitar al mundo, escogió lo que en él parecia mas débil, y yo el mas débil de esta casa. Podré tambien resucitaros con su gracia y en su nombre. El cielo quiere mostraros que la obra

es suya, haciéndola por mí; pero nadie es débil cuando ayuda el fuerte, y todo se puede con aquel que nos conforta. Acepto pues la comision que Dios me da, cuando vos os servis de elegirme, y desde este instante empieza mi ministerio. ¿Consentis, señor? Yo estaba tan conmovido, que me puse de rodillas, y apénas pude responderle: sí, padre. El santo varon me levantó, y despues que los dos nos sosegamos un poco, me volvió á decir.

Hasta aquí, señor, yo no he podido hacer con vos mas oficio que el de un cristiano, de un amigo que procuraba mostraros el camino del cielo, y os dirigia á él; pero ahora vos acabais de elegirme por vuestro director, y con este título me dais derechos que por mí no tenia. Ahora ya puedo exigir vuestra sinceridad y confianza, y cuando llegue el caso de que os confeseis, seré vuestro juez. Pero ántes si como amigo pude persuadiros, ahora como director debo encaminaros; y para esto es menester que yo sepa los efectos que la gracia divina ha producido en vuestro corazon, y las disposiciones con que se halla vuestra alma para lo venidero. Respondedme pues.

¿Estais ya persuadido de la verdad y divinidad de la religion cristiana?—Sí padre; y solo siento que sea tan tarde....

¿Reconoceis á Jesucristo por vuestro Dios, y vuestro Mediador con su Eterno Padre?—

Con todo mi corazon, y le ruego que tenga misericordia de mí, y que me perdone mi incredulidad, y mis muchos é innumerables pecados....

¿Deseais volver á entrar en el seno de la Iglesia, que Jesucristo fundó con su sangre, que ha prometido proteger hasta el fin de los siglos; y le prometeis mantener la fe que predica, como hijo sometido?—

Sí, padre, y espero serle tan fiel, como he sido apóstata, indigno de tan santa madre....

Pues bien, señor, con tan buenas disposiciones que debéis á Dios, espero que os perdonará y perfeccionará la obra de vuestra regeneracion. Pero permitidme que, ántes de ir adelante, os haga algunas reflexiones.

Vos habeis sido bautizado. Dios por una gracia singular, y un amor particular á vuestra persona os escogió entre muchos para concederos este don inefable; pero acaso no conoceis todo su precio, y yo debo hacérosle conocer. El bautismo es el mayor don del cielo, es un sacramento divino en que Jesucristo por medio de señales visibles y exteriores infunde en el alma del que le recibe una santidad interior é invisible, el santo fuego de la caridad y los divinos dones del Espíritu Santo: todo esto se hace con operaciones inefables y secretas, que producen esta gracia de santificacion.

En virtud de ella el hombre que fué concebi-

do y nació en pecado, adquiere en un instante una nueva y sobrenatural regeneracion, queda revestido del espíritu de Jesucristo: de hijo de cólera pasa á ser hijo de Dios, miembro vivo del cuerpo místico de la Iglesia de que Jesucristo es cabeza, su hermano, y su coheredero del reino de Dios. Tan maravillosa mudanza se hace en nosotros, tan prodigiosos efectos nos producen las santas aguas con que nos lavan las fuentes de la salud. El Apóstol escribía á los de Efeso (1): Antes cuando nacíamos, no éramos á los ojos de Dios mas que objetos de cólera y de odio; pero ahora Dios, que es rico en misericordias, de muertos nos hace vivir en Jesucristo y con Jesucristo por el exceso de su amor.

El bautismo pues, borra todos los pecados del alma, la libra de todas las penas, la enriquece con todos los tesoros celestiales, le infunde la fe, la esperanza, la caridad, y las virtudes mas excelentes, la imprime el sello de Dios, y en nombre de la divina Trinidad le graba el indeleble carácter de cristiano. Este carácter es incomparablemente mas glorioso que todos esos títulos de nobleza con que se alimenta el orgullo del mundo, y de que hace tan insensata vanidad; pues nos hace en cierto modo participantes de la naturaleza divina, y le llevamos al tribunal de Dios

(1) Ad Ephes. ii. 3. 4.

para ser reconocidos en él por discípulos de Jesucristo, como parte de su pueblo, y como ovejas de su rebaño.

El mundo ó no sabe ó no medita estas inestimables ventajas. Acostumbrado á no juzgar de las cosas sino por los sentidos, solo aprecia los bienes temporales, y no estima los invisibles. Si el hombre se detuviera un instante a considerar lo mucho que debe á Dios cuando le purifica, cuando se reconcilia con él, cuando con la santificacion del bautismo le libra de las penas eternas, y le destina á glorias inmortales, no pudiera dejar de reconocer la primera deuda, y la mas sagrada de su corazon; pero ciego, y sin mas gusto que para todo lo que en la tierra pueden presentarle como agradable sus sentidos, no eleva su imaginacion ni asciende con ella á la altura de su grandeza verdadera. ¿Qué comparacion puede haber entre bienes fútiles y pasajeros y estos dones perfectos é inmortales, dones inmensos, infinitos, que nos vienen inmediatamente del Padre de todos los bienes, y que nos unen con nuestro Dios en una union tan íntima, como eterna y dichosa?

Pero si el bautismo es el mas importante de los bienes, porque es la puerta que nos abre la entrada á los últimos y los mayores, tambien es el mas serio y el mas estrecho de los empeños. Es cierto que el hombre recibe mucho cuando

le recibe; pero tambien contrae muchas deudas, porque es una alianza que forma con su Dios, un contrato que celebra, en el que Dios le promete bienes infinitos, si es fiel; pero exige correspondencias inviolables, y el hombre se obliga á cumplirlas. Este empeño es muy extendido, pues abraza toda la ley; y muy solemne, pues que se hace á Dios en público, á vista de su Iglesia, y en presencia de todos los fieles.

Desde que el hombre se eleva á la sublime dignidad de cristiano; desde el mismo instante que renace por el agua y el Espíritu Santo, ya está sometido á la ley, y á toda la ley del Legislador, á quien reconoce por su Dios y por su padre. Desde aquel dia, desde aquel punto ya está sujeto no solo á la indispensable obligacion de someterse á esta divina ley, sino á profesarla públicamente; á no avergonzarse de ella, á vivir segun sus preceptos, á perseverar en su observancia hasta la muerte, á no hacer nada de lo que prohíbe, ni omitir tampoco nada de lo que ordena.

Y porque el enemigo común, el mundo y la carne se oponen con resistencia continua á la práctica de esta ley, y nos inducen con incesantes esfuerzos á que prevariquemos; el que se alista por el bautismo en la milicia de Jesucristo, renuncia públicamente al demonio y á todas sus ilusiones, al mundo y todas sus pompas, á la carne y á todas sus pérdidas dulzuras. Abjura todo

error que seduce, todo halago que aleja, todo atractivo que desvia de la senda indicada en la ley de su nuevo soberano; y por esto los apóstoles decian que bautizarse en Jesucristo es morir á todo pecado, morir á sí mismo, á sus pasiones, sus sentidos, y á todos los deseos del siglo, para hacer en la tierra una vida celeste.

Estos santos empeños son estrechos y muchos; pero todos los hemos ofrecido á Dios solemnemente. En nuestro bautismo le hicimos todas estas promesas; su ministro se las prometió en nuestro nombre; una parte de los fieles las escuchó, otra nos sirvió de garante, las ofreció por nosotros, y Dios se dignó de recibirlas. Todo pasó á la vista del mismo Dios, en su templo, y al pié de sus santos altares; nosotros mismos algunas veces las confirmamos en el curso de nuestra vida. ¡Qué abuso, pues, tan sacrílego! ¡qué profanacion tan inicua es ser infiel á empeños tan sagrados, dementir con los labios ó con las costumbres unas promesas tan auténticas y tan dignas de la suprema Magestad á que se consagraron!

Pero por eso mismo que su dignidad es tan alta, y por el abuso que han hecho de don tan superior, su castigo será mas espantoso. Los cristianos llevarán al infierno el indeleble y sublime carácter que prostituyeron: el réprobo le tendrá á la vista para aumentar su confusion: Dios le tendrá presente para excitar sus iras. Los pe-

cados del cristiano tienen una malicia particular, y serán castigados con mas rigor. La gravedad de los delitos se mide por la santidad de los estados. El eclesiástico, que debia honrar el suyo con la pureza de sus costumbres, es mas culpado que un lego: el religioso, que está llamado á perfeccion mas alta, es mas delincuente que un secular; y un cristiano lo es mas que los infieles que no obtuvieron la gracia del bautismo. Así como á Júdas hubiera valido mas no haber nacido, así estaria mejor á un cristiano impenitente no serlo, pues violó y profanó don tan inestimable.

Discurrid ahora, señor, que si esto es verdad, no hablando mas que de las costumbres viciosas en que la fragilidad humana pudiera encontrar alguna excusa, ¿qué será cuando el corazon corrompido no contento con darse á vicios que solo deshonran á su fe sin echarla por tierra, mas atrevido todavía ataca á la fe misma, y elevándose sobre el Dios que le ha eriado, sobre la Iglesia que le ha instruido, y sobre la religion cristiana á que se habia consagrado, todo lo desprecia, todo lo atropella, y lo ultraja todo? ¿Que disputa á Dios su derecho de iluminar á los hombres, que trata á la Iglesia su madre como un impostor que pretende engañarla, y que á la religion hija del cielo, la despoja de tan excelso título, y la degrada hasta ponerla en la clase de las mentiras de los hombres?

Imaginad, señor, si podeis, á qué colmo de temeridad llega el atrevimiento de un espíritu que osa hacerse juez de todo lo divino, que quiere medir los atributos de Dios con sus propias ideas, y que se decide á no creer sus oráculos, ó porque no acomodan á sus pasiones, ó porque no se proporcionan á los delirios de su orgullo. Si Adán quiso saber tanto como Dios, parece que el incrédulo pretende saber mas que Dios; pues desaprueba lo que ha hecho, cuando no lo encuentra conforme á su propia capacidad; por lo ménos pretende saber mas que la Iglesia, mas que los santos doctores que la han respetado, y mas que todo el pueblo cristiano que la venera.

De aquí podeis inferir qué desacato, qué iniquidad es la del mortal miserable, que despues de haber recibido y jurado su fe, hace tan poco aprecio de ella, que ni siquiera la tiene por bastante considerable, para instruirse en ella; que ni siquiera se digna de tomarse el trabajo ligero de examinarla, cuando no fuera mas que para calmar sus inquietudes, y entregarse á sus placeres sin zozobra; y que con una temeridad insensata se determina á sacudir el yugo que le parece gravoso, complaciendo sus sentidos á todo riesgo, sin temor del Dios que insulta, ni respeto de la Iglesia que ultraja, y que en una palabra, se declara infiel sin pretexto, desertor sin motivo, y apóstata por autojo.

No es ahora mi intencion inspiraros una confusion, pues la gracia ya lo ha hecho de modo que os sea saludable; solo pretendo haceros conocer, que el que ha tenido la desgracia de desaminarse tanto, cuando Dios por su bondad lo despierta de su letargo, está obligado á expiar su desacato con mayores esfuerzos; y no solo debe repararle con Dios por un dolor muy vivo, y con la Iglesia por una reverencia mas obsequiosa y sometida, sino tambien con todos los complices y testigos de su temeridad por una devocion mas profunda, y una veneracion mas pública. Así tambien debe con ejemplos de virtud y religion borrar la impresion de sus escándalos, y no contentarse con vivir como buen cristiano sino que debe esforzarse á parecerlo; porque el incrédulo que afectó despreciar el cristianismo, ha de ser y parecer mas cristiano que los otros.

Empecemos, señor, por adorar este Dios de bondad que ahora está entre nosotros. Jesucristo ha prometido, que cuando dos ó tres se juntaren en su nombre, él estará en medio de ellos; y pues nosotros lo estamos, y para objetos de su servicio y de su amor, con nosotros está. No lo dudeis, señor: ese Pastor divino, que despues de algun tiempo trabaja por ganar vuestra alma, nos ve y nos escucha. Ahora está derramando su gracia en vuestro corazon, para acabar de conquistarle; ahora está inspirando y dando fuerza

á mi pobre celo; ahora está viendo complacido vuestro corazon, porque ya empieza á ver algun efecto de sus inspiraciones, y no espera mas que vuestras promesas para acogerlas en su seno.

Vos habeis tenido la desgracia de haber perdido las gracias y los dones que os comunicó en el bautismo; pero no habeis perdido este sagrado carácter, que por su naturaleza es indeleble, y su bondad nos ha dejado remedios para recobrar los dones que pudieron perderse. Para eso instituyó otro segundo bautismo en el sacramento de la Penitencia. No es tan completo, y es mas laborioso que el primero; pero es la única tabla que queda despues del naufragio. Nosotros con la gracia de Dios, y á pesar de cuantas penas y sonrojos nos pueda costar, vamos á emprender este camino, y una penitencia humilde, perseverante y sometida puede reparar todas las pérdidas.

Seria mucha dicha poder renovar nuestro bautismo, y que una nueva regeneracion nos purificase de nuevo; pero esto no es lícito. La Iglesia no permite que se renueven materialmente los ritos de la regeneracion; pues basta háberlos recibido una vez para que hayan producido en nosotros el efecto de grabarnos el sello indeleble de cristianos, y seria profanarlos el repetirlos cuando no pueden ser útiles; pero la Iglesia fecunda como su Dios, tiene abiertos muchos caminos de salud. Hay tres bautismos: el de la